

Dios no juega a los dados

2020-02-15

(Traducción)



Kultura

AITOR BIZKARRA

Fredric Jameson bautizó el posmodernismo como la lógica cultural del capitalismo tardío. Decía también que el posmodernismo no es un hecho meramente cultural, sino un efecto superestructural general de las estrategias de dominación militar y económica de EEUU. La principal traducción del posmodernismo en la teoría del conocimiento es la negación de valores epistémicos como la objetividad y la verdad. Normalmente hablamos de la cultura socialista como de la construcción de algo nuevo, pero hoy hablaré de la necesaria resistencia contrapuesta a esta lógica cultural, de la recuperación de una episteme.

«¡Dios no juega a los dados!», proclamó Albert Einstein en más de una ocasión, alterado porque la teoría de la mecánica cuántica era incompleta, ya que violaba el principio de causalidad. No voy a entrar en la cuestión de la veracidad de esta frase porque es una controversia que supera ampliamente mis competencias, pero sí hay en ella un principio interlineal que ha sustentado, al menos hasta el siglo XX, la condición de posibilidad de la ciencia en general: el optimismo ontológico, el optimismo que corresponde a la naturaleza de la realidad. Es decir, la realidad está ahí y es racional independientemente de nuestra intervención, a saber, no es arbitraria o contingente, sino necesaria y causal.

Ahora bien, este postulado ontológico es necesario, pero no suficiente para poder fundamentar la ciencia. En efecto, podemos considerar como principio que Dios no juega a los dados o que lo que ocurre en el universo no es puro azar o fortuna, pero la clave está en saber a qué juega Dios (cuál es exactamente la racionalidad de la realidad). Y para ello, además de postularse que la realidad es racional, también es necesario postular que el ser humano puede captar sus estructuras lógicas, que la racionalidad de la realidad es compatible con la razón del ser humano, es decir, que para cada efecto se puede determinar cuáles son sus causas. Este es el segundo principio necesario para fundamentar la ciencia, el optimismo epistemológico o el optimismo relativo al conocimiento: «Se puede conocer a qué juega Dios».

Una vez llegados aquí alguien podría preguntarse «¿para qué esta presuntuosa introducción de filosofía de la ciencia en un artículo de sección cultural?»; pues porque precisamente postulamos que existe una racionalidad que atraviesa la realidad cultural, y, lejos de satisfacernos por su mera existencia, defendemos que esa racionalidad, además de ser en sí, es cognoscible.

Decir que la conducta de los sistemas inorgánicos no es aleatoria, por ejemplo, puede ser equivalente a decir que es causal. Predecir la conducta de un tornado, por ejemplo, es conocer las causas que provocan su movimiento y dibujar un programa de conducta virtual en función de ellas. ¡Es tan importante el conocimiento de las causas! Y no es importante por puro interés epistémico, me atrevería a dudar de si existe el interés por el mero conocimiento. Es importante, sobre todo, porque quien conoce las causas de un movimiento determinado, además de predecir el programa de conducta, puede condicionar y manipular ese programa de conducta o, en función del mismo, modificar su propia conducta. Se puede predecir el comportamiento de un huracán y determinar un

plan de evacuación en función del mismo, así como condicionar el comportamiento de un sistema orgánico como nuestro cuerpo mediante la incorporación de un fármaco. ¡Tan poderoso es el conocimiento de las causas! A pesar de las diferencias, creo que debería poder aplicársele un esquema similar también al comportamiento de los bloques culturales y políticos. Para darse cuenta de lo que estoy diciendo, solo hace falta leer la última editorial de este periódico o el último texto de Beñat Aldalur, donde se analizan las causas efectivas político-económicas de un fenómeno como la huelga del 30E y, por si esto fuera poco, se hacen previsiones para el futuro más inmediato. Hay quien nos llama dogmáticos, pero sabemos que el tribunal de la experiencia es el único que validará o negará nuestros análisis.

Paul Beitia decía en su último texto que uno de los elementos fundamentales del concepto de cultura era la existencia de un marco de comprensión compartido, es decir, decía que compartir una cultura es compartir una forma de comprender y juzgar el mundo. Es evidente que este marco de entendimiento no es crítico ni consciente, sino irreflexivo y espontáneo. Ahora bien, la voluntad de cambiar este sentido común espontáneo, que Gramsci denominó folclore filosófico, no puede establecer *de facto* un nuevo sentido común espontáneo, precisamente porque combatir el sentido común es un ejercicio crítico y consciente. Lo que quiero decir con esto es que la herramienta que tenemos que utilizar contra el sentido común, la que intentamos recuperar, es una episteme, un marco crítico de conocimiento y comprensión que puede producir quizá un nuevo sentido común dentro de un par de generaciones. Esa episteme es el marxismo, como pensamiento integrado de la teoría y de la organización política, puesto al servicio del proletariado revolucionario. Decía Gramsci, en una nota marginal, que la creación de una nueva cultura no es solo hacer descubrimientos «originales» individualmente, sino, sobre todo, difundir críticamente las verdades ya encontradas, socializarlas y convertirlas en la base de nuestro ejercicio vital. No se trata de crear las verdades, sino de interiorizarlas críticamente. Pero (contra los posmodernos) hay que comprometerse con la verdad como fundamento de la ciencia.

Hay una frase (a mi parecer excelente) del rapero Ziakhus que creo que sintetiza lo dicho anteriormente: «Kantek esaten zuen "sapere aude" eta nire kantek "haserre gaudel!», es decir, «Kant decía "sapere aude" y mis canciones "¡estamos enfadados!"», haciendo así un juego de palabras entre Kant y «nire kantek» (mis canciones) y entre «sapere aude» y una oración casi homófona, «haserre gaude», que significa «estamos enfadados». La frase latina que usaba Kant significa más o menos «atrévete a conocer», «atrévete a saber», «atrévete a usar la razón» o algo parecido; propone la elección de conocer como ejercicio de audacia. Sin embargo, la conjunción utilizada por Ziakhus en esta línea (*eta*, en castellano *y*) es copulativa, por lo que sirve para introducir elementos de forma acumulativa. No dice que Kant decía una cosa *pero* (conjunción que indica la relación de oposición entre elementos) las canciones dicen otra. Estamos muy enfadados y eso nos ha empujado a conocer. Sabemos que la simple ira no nos coloca en una posición privilegiada para el conocimiento; es discutible que nuestra posición de clase y nuestro odio de clase nos privilegien epistémicamente (aunque haya sido una tesis bastante extendida), pero el conocimiento nos permitirá enfrentarnos a las causas de nuestra ira. No estamos jugando a los dados, hemos apostado en un campo de juego muy concreto.